

Memorias

Historias de Familia, lágrimas, cicatrices, vida y muerte,
tras el paso de la avalancha del Río Páez en 1994



Claudia Bibiana Angel Restrepo

DIRECTOR TRABAJO DE GRADO RICARDO AMAYA GAITAN / PROGRAMA DE ARTES PLÁSTICAS
FACULTAD DE ARTES / UNIVERSIDAD DEL CAUCA / POPAYÁN / 2016

MEMORIAS

No existe un ser humano capaz de sacar de la memoria aquello que con el pasar de los años se vuelve indestructible. Existen seres humanos capaces de convivir con recuerdos ya transformados que se hacen frágiles con el tiempo.

Bibiana Angel

Tabla de Contenido

- 1- Introducción
- 2- Marco referencial
- 3- Referentes artísticos
- 4- Lo Natural
- 5- El cambio
- 6- El final
- 7- Descripción de la obra
- 8- Conclusiones
- 9- Bibliografía

Memorias

Historias de Familia, lágrimas, cicatrices, vida y muerte,
tras el paso de la avalancha del Río Páez en 1994

Introducción

"La vida no es lo que uno vivió, sino lo que recuerda y cómo lo recuerda para contarla".

Gabriel García Márquez

Es la vida la causante de muchas experiencias, esta misma; da los elementos con los que se afronta cada una de las circunstancias que se presentan en el diario vivir. Esto conlleva a aprender, a interpretar, a socializar y transformar cada una de las condiciones subjetivas y objetivas que se generan en un contexto y en un tiempo determinado. Es así como cada individuo en sí, interactúa de la manera como cree que será la correcta logrando con esto materializar instantes de la realidad propias o de una cultura en particular.

Cuando comencé esta investigación, quería abordar el tema de la aculturación en la Cultura Páez, pues en mi paso por la academia este tema siempre estuvo presente. Pronto el tema empezó a dividirse y mi interés se inclinó hacia otros aspectos, en los cuales prevalecían los recuerdos y la memoria de un evento que marco nuestras vidas a nivel familiar. Reconocí que el siniestro ocasionado por el terremoto y por acción del Volcán Nevado del Huila en el año 1.994 trajo a nuestras vidas una serie de situaciones que al ser recordadas tenían su propia energía, la cual emerge en distintas condiciones para cada uno de nosotros.

La angustia, la acumulación de sentimientos y la ilusión que se vivió en esos días, se descargaron en la creación de una propuesta plástica en la cual busque materializar recuerdos que muestran un tiempo, un sentimiento y apartes de un suceso que al interactuar en él se volvió personal, en el que se refleja una parte de mí, de mi familia y de una comunidad entera.

El estímulo para la ejecución de este proceso dependió principalmente de mi familia, también de personas que conocí, de historias que escuché en diferentes lugares que conocí llamados asentamientos o lugares donde se reubicaron las personas que se salvaron de la avalancha, las personas que perdí, lo que aprendí y sobre todo la información recogida convertida en sentimiento.

Comencé la obra de la tesis con el propósito de plasmar algo propio, un sentimiento, una emoción, un motivo o una sensación que hiciera real aquello que paso frente a nuestros ojos. Escribir esta tesis y sobre todo realizar la obra que respalde este escrito, es una experiencia gratificante y al mismo tiempo difícil pues aquí muestro situaciones que cambiaron y marcaron drásticamente mi vida, la de mi familia y la de muchas personas que hoy viven lejos de su tierra natal.

La recopilación de anécdotas, historias, narraciones escritas y orales de las personas que aportaron en este proyecto, son la herramienta fundamental para la reinterpretación y formalización de la propuesta plástica. Cada uno de los recuerdos narrados por diferentes personas, hicieron que el interés por traer el pasado a un presente enmarcado por los cambios de diversa índole, se convirtieron en una memoria colectiva en la que me incluyo y pretendo generar en el espectador diversos estados de ánimo, donde los sentimientos, las emociones y las posibles contrariedades generen la posibilidad de interactuar con la obra dependiendo su posición.

Las piezas artísticas que surgen de este proceso son resultado a partir de la investigación, son la certeza del transcurrir del tiempo y de una memoria puesta en evidencia.

No existe un ser humano capaz de sacar de la memoria aquello que con el pasar de los años se vuelve indestructible, existen seres humanos capaces de convivir con recuerdos ya transformados que se hacen efímeros y frágiles con el tiempo.

Bibiana Angel

Marco Referencial

A partir de cada sentimiento expuesto frente a una situación particular, la memoria y los recuerdos empiezan a dilucidar en el pensamiento, intentando comprender cada uno de los episodios del mundo en el que vivimos, las repercusiones dejadas por estos y las ganas de entender porque siguen inquietando aquellas historias que hoy en día están representadas en años de ausencia de seres queridos y que se acomodan con fuerza en nuestra vida.

Diana Patricia Restrepo Peteche, prima cercana, la cual pertenece a la cultura indígena Páez y quien se convirtió en mi referente principal, ha pasado por situaciones adversas, luego de sobrevivir a la avalancha del río Páez en el año de 1994, evento que hizo que su diario vivir fuese una lucha constante con ella misma y con las huellas quedan dando vueltas dentro de sí, representadas en silencios, impotencia y sentimientos que transforman la percepción del tiempo a cada momento.

Empezar a crear una memoria personal a partir de una vivencia propia y no propia, me permitió ver y asumir con más claridad, el momento en el que repentinamente todo cambió. Los recuerdos y las añoranzas se volvieron compartidas y empezaron a pertenecer a un espacio específico que tomo su propio lugar al paso del tiempo. Algunos recuerdos de infancia, adolescencia y adultez que conservamos, me dieron la posibilidad de crear cosas que crecieron conmigo y que representan vivencias que hoy son transmitidas a los demás.

Considero que la memoria y los recuerdos que se conservan de cada una de las etapas de nuestra vida, tienden a recordar constantemente; permaneciendo así, intactas, logrando interactuar en territorios diversos y en situaciones particulares, como lo señala Hanna Arendt, quien afirma que, “Cada acontecimiento en la historia humana revela un paisaje inesperado de acciones y pasiones y de nuevas posibilidades que conjuntamente trascienden la suma total de todas las voluntades y el significado de todos los orígenes”¹. Tomo este concepto buscando paralelamente una teoría con la cual baso mi observación y así evitar plasmar solo mi interpretación, sino también incluir el valor que me da tener una relación estrecha con la vida y el contexto de mi referente principal.

¹ ARENDT Hanna. Comprensión y Política, página 42

El desastre ocasionado por la avalancha, hizo que se entremezclaran la tierra, la familia, la gente y toda una cultura; la lectura que se hace de esta, es una mezcla de sentimientos, de emociones y de sensaciones que conllevaron a manifestar una experiencia, la cual dio paso a la construcción de una historia donde el acontecimiento en sí mismo, muestra un orden afectivo y familiar. Dentro de toda la información recolectada, siempre me llamó la atención los diferentes relatos los cuales fueron algo así como explicaciones totales que adquirieron más sentido al verme involucrada directamente. En este proceso puse en juego la totalidad de la memoria histórica, intentar construir un pensamiento en el cual, la realidad de los hechos hablaran por sí solos y fueran los referentes para explicar sucesos temporales, cronológicos, emocionales, con los cuales planteo mi investigación- creación.

Según, José María Segovia de Arana: “la memoria es difícil de definir”. La academia española la incluye como “potencia del alma por la cual se retienen y recuerda el pasado”. Es un proceso amnésico por el cual se incorporan hechos, acontecimientos, conocimientos, etc., a nuestra mente para ir formando nuestra personalidad. 2

La convivencia directa con mi referente principal me dio la posibilidad de contextualizarme más ampliamente y tener una observación más segura, con la que pude interiorizar cada una de las situaciones vividas durante todos los años transcurridos luego del siniestro. Para esto, fue indispensable, absorber su vida cotidiana, haciendo énfasis en lo diferente que fue, comparado con mi forma de vivir, tuve que observar detenidamente la perseverancia en los momentos más difíciles. En este caso la sensibilidad y la percepción jugaron un papel vital en este proceso.

José María Segovia de Arana , afirma que: Joaquín M. Fuster, hace énfasis en “Que la memoria individual va forjando la personalidad, una expansión progresiva de esta memoria ancestral con la que nacemos. Se van haciendo cada vez mayores nuestra memoria y nuestros conocimientos partiendo de las experiencias sensoriales y motoras primarias concretas.” 3. Por tanto, la memoria y los recuerdos influyen de manera contundente en el pensamiento y en la forma en que se asume la vida misma. De este modo cada significado que se le dé a esta, se vuelve propio y personal, en donde el coraje, el poder, el misterio, la fuerza, la nostalgia, delimitan la forma en que aparecen y desaparecen los recuerdos cuando se exteriorizan.

2. SEGOVIA de Arana, José María, Memoria y Olvido , introducción página 632 3. página 641

La necesidad de dar a conocer de forma verbal o escrita parte de la historia familiar, procura infundir en cada una de las personas participantes, la capacidad de interiorizar el dolor, de manera que al sacarlo al exterior se transforme en una experiencia para compartir mediante los recuerdos propios (autobiográficos), dando accesibilidad a aquellos que no conocieron ni sintieron esta historia. Barclay y Smith, consideran que: “El efecto y la emoción son las características más importantes de este tipo de memorias que constituyen la cultura personal del sujeto como una relación de la persona con su entorno social.”⁴.

En cuanto al arte tomo como referente a Cristian Boltanski, quien toma “La muerte, la vida y la identidad como temas recurrentes en su obra, los cuales siempre están marcadas por una intencionalidad de archivo y memoria que va más allá de lo explícitamente presente”⁵.

La instalación, la fotografía y la escultura son las técnicas usadas en mi proceso de creación, considero que estas me ofrecen la posibilidad de transformar los recuerdos en objetos con los que artísticamente expreso lo que siento, lo que pienso y evoco esa memoria que dejó a su paso la muerte de mis familiares.

Andrés Montes (México 1970) es un artista multidisciplinar formado en los Estados Unidos que actualmente vive y trabaja en Madrid. Sus intereses creativos exploran la poética del desplazamiento, investigando conceptos como el de permanencia y los mecanismos que utilizamos para crear un espacio propio. Mediante la investigación de diversos materiales y técnicas que van del dibujo a la instalación, la escultura o el video, indaga en la representación de estrategias de construcción de un lugar y pone de relieve la fragilidad de las pertenencias.⁶

En esta investigación también hago referencia al desplazamiento sufrido no solo por mi familia sino también por toda una comunidad llamase indígena, mestiza o negra en busca de un nuevo lugar de habitación.

⁴. MANZANERO A, LÓPEZ B, Características de los recuerdos autobiográficos sobre sucesos traumáticos. Barclay y Smith. 1992

⁵. https://es.wikipedia.org/wiki/Christian_Boltanski

⁶. <http://www.arteinformado.com/guia/f/andres-montes-14524>

Tamara Cubas, es una artista uruguaya quien en sus obras hace una reflexión acerca de las desapariciones forzadas, esta obra nace a partir de la propia experiencia por la desaparición de un familiar cercano a ella, la tomo como referente para mi trabajo porque a pesar de que en mi caso las desapariciones no fueron forzadas sino por un proceso natural también causo un trauma en los miembros de mi familia por la ausencia, la muerte y por la desolación que se creó a partir de este siniestro. “Las formas de la ausencia es una exposición que, a partir de la reunión de fotografías, textos, videos y audios, no busca recuperar lo perdido sino abrir interrogantes en torno a las implicaciones de las desapariciones forzadas en el ámbito personal y social para indagar en lo que sobrevive y en los modos en que la memoria y el duelo público se convierten en actos políticos que generan acciones transformadoras”

Lo Natural

Días antes de la avalancha, Diana compartía con su familia materna, “Mama Lola” como llamaba a su abuelita, empezó a decir que el Ñandy (Nevado) está cada día más triste o enojado, pues el clima había cambiado desfavorablemente para los cultivos, la sequía y el invierno se estaban dando inesperadamente; ya la cabañuelas nos eran acertadas, las nubes cada día estaban más negras y la tierra no tenía la misma fuerza que antes.

Cindy, la hermana de Diana estaba recién nacida y su mamá seguía trabajando como si no le doliera nada, ella seguía como todos los días sembrando, arando, cosechando y tratando de conseguir la comida suficiente para que ninguno de ellos aguantara hambre, “Lola” solo le decía que haberse metido con un mushca (blanco) como el papá, no fue una buena elección, y no era porque su padre no respondiera por ellos o no fueran una familia, sino porque ella tenía tan arraigada su cultura que todo lo de afuera le causaba desconfianza.

Dos días antes de la avalancha, su padre y su abuelita Rosalía, viajaron a Belalcazar, era sábado día de mercado y como si presintieran lo que ocurriría compraron más comida de lo habitual, un bulto de papa amarilla, un bulto de maíz para hacer mote y otro para darle de comer a las gallinas y patos que la abuela tenía en la montaña, mucha sal, fósforos, velas, macarela, arroz y panela, estos eran los alimentos que nunca podían faltar en la casa. Su padre había comprado unos pollos para engordar ya estaban grandes, pero estaban muy flacos, por eso los llevaría a la montaña para que allá pasteando mejoraran. En la tarde del sábado él, ensilló la yegua blanca, sobre ella cargó los bultos, los pollos y encima de todo esto iban Diana y su hermano Cesar, su padre cabresteaba la yegua y su mamá atrás caminaba con la recién nacida sobre su espalda.

El viaje fue largo, la mamá estaba débil, pues solo habían pasado 18 días después de haber parido a su pequeña y el papá en medio de risas y cantos trataba de hacer más placentera la subida a Bella Vista, así la llamó la abuela Rosalía, pues en verdad la vista era hermosa, estaba ubicada en un lugar tan alto que Diana siempre saltaba para alcanzar las nubes, o su padre la ponía en sus hombros para hacerla más alta y juntos reían a carcajadas porque se caían y “terminábamos llenos de barro o de caca de vaca”, afirma Diana.

La casa donde dormían era muy humilde, solo tenía un cuarto y la cocina, no habían baños, su papá siempre decía “no tenemos baños porque hay mucho monte”, en frente de esta se asomaba el cabeciblanco, se refería al volcán nevado, era maravilloso verlo pues se veía a tan corta distancia que era solo dar dos pasos y estar sobre la cima. En las noches tenían la mejor vista pues se veían las luces del cielo y una que otra en el pueblo, en esa época no había servicio constante de electricidad, por esa razón y ahora que lo recuerda, afirma “lo mejor de mi vida fue aquellos años en los que disfruté de espectáculos que solo la naturaleza regala y más aún porque tengo guardados los abrazos de mi padre, su risa, su rostro y todo su amor.”

El día lunes, el papá bajo al pueblo, la mamá, los hermanos y ella se quedaron en la finca, ese día Cindy, la hermanita cumplía 20 días de nacida y lo recuerda porque con la tragedia es imposible de olvidar. Su papá prometió volver, estaba contento, sonreía y a cada uno de ellos abrazó fuertemente y a ella como de costumbre, la subió en los hombros y la llevó hasta el primer portón para entrar a la finca, más o menos a unos 10 minutos de la casa, allí siempre la dejaba y él seguía su camino, ella siempre en las tardes estaba pendiente; calculaba y bajaba a sentarse para esperarlo.

Ese día, fue muy extraño, afirma Diana. El sol salió, se escondió, llovizó y al final el viento estaba muy fuerte, la mamá abrigaba a sus hermanitos y ella correteando unas gallinas esperaba a que se hiciera más tarde, la tarde traería de vuelta a su padre y ella le guardaba en el bolsillo de su delantal unas moras de monte que había cogido en la mañana mientras su mamá ordeñaba las vacas.

De un momento a otro, Diana se cayó, no se podía levantar, la tierra empezó a temblar espantosamente y su movimiento parecía no terminar, veía a su mamá tratando de correr a donde ella estaba, pero se enredó y cayó y con ella sus hermanos. De inmediato escucharon un estruendo que venía del nevado, el miedo hizo que corrieran a esconderse debajo de la cama, allí aguardaron un rato. Empezaron a pasar los minutos, el llanto y la incertidumbre se apoderaron de ellos, porque el ruido no cesaba.

Pasó un tiempo, del cual no tiene la certeza de cuanto fue, la mamá los tomó de la mano y juntos caminamos hacia un lado de la finca que dejaba ver hacia abajo, ella esperaba encontrar a su padre subiendo la loma, pero instantáneamente su madre empezó a llorar, cada vez se hacía más fuerte el llanto, el hermano y ella lloraron, no sabían bien porque; pero cree que fue por ver a su madre llorar. En realidad no sabían que pasaba. Diana recuerda que su madre solo susurraba el nombre de su padre, el de sus abuelas y el de algunas otras personas que no recuerda, los ojos de Diana solo alcanzaban a ver como el río se había abalanzado sobre el pueblo, veía piedras, lodo, escombros, árboles caídos y una masa espesa y lenta que cubría gran parte de la cuenca, era increíble... “siempre pienso que con mis cortos 7 años esa es una parte de mi vida que la recuerdo como si fuese ayer” afirma Diana.

Cayó la noche y su padre no llegó, su mamá lloraba y les daba la comida entre sollozos, mi hermano y yo nos dormimos. Solo hasta el otro día, con la luz del sol, se dieron cuenta que él no estaba. Su madre los vistió, les puso botas y acomodó una mochila con comida y agua, empezaron a bajar, pero por otro camino que no conocía, ella le pedía que se fueran por el mismo de siempre, pues pensaba que se encontrarían con su papá. “Mi mamá nunca me hizo caso, dice Diana y con el pasar de los años entendí que la avalancha había llegado hasta la mitad de la loma y que era imposible seguir el mismo camino de siempre”.

Caminaron, ya cansados, lloraron todo el camino, porque solo querían estar con su papá, su mamá desesperada; solo decía “allá abajo él está esperándonos”, llegaron a un alto y para sorpresa de ellos habían muchas personas, niños, niñas, mujeres, hombres, todos lloraban, muchos gritaban y otros como mi Cesar y Diana solo se prendían de las piernas de su mamá para sentirse protegidos. Empezaron a pasar los días y el papá no llegó, ni la abuelita Rosalía, ni la Mama Lola, ni ninguno de sus familiares. La Cruz Roja y la Defensa Civil llegaron en helicópteros y los trasladaron a Inza y allí en cambuches esperaron hasta que la tía Estela (Mi Madre) llegó a ayudarlos. Estando allá se enteraron que el papá murió tapado por un derrumbo de tierra que se desbordó cuando llegaba a casa de la abuelita en el pueblo, la cual también falleció, junto con una nieta, una nuera y la mamá de la nuera. Todos quedaron sepultados y aun con todos los esfuerzos que los familiares hicieron por recuperarlos fue imposible.

Desde ahí empezó una nueva vida, cargada de recuerdos tristes, recuerdos imborrables, la vida les cambió en tan solo unos segundos, allí empezó una nueva odisea, los recuerdos solo se irán el día en que pase a ser parte de la tierra, de esa misma tierra que un día ocultó a un papá que aún recuerdo con todo el amor y al que deseo que se aparezca no solo en sueños sino también en la vida real... Con palabras entrecortadas termina Diana.

*Se llama memoria a la facultad de acordarse
de aquello que quisiéramos olvidar.*

Daniel Gelín

Si bien es cierto, no he vivido una tragedia igual a la de Diana, pero si viví al lado de mi madre, esa desazón que dejó el desastre, ella es la tía Estela de la cual habla Diana. Fue una época muy difícil, la situación emocional a nivel familiar se tornó bastante intranquila, mi padre, mi hermana y yo sentimos y vivimos la tragedia de diferentes maneras. Era un lunes festivo, específicamente 6 de Junio de 1994, mi madre y yo habíamos caminado 5 kilómetros los cuales nos llevaban al cruce de San Andrés de Pisimbala en Tierradentro, junto a otras personas esperábamos un bus que me llevaría a Inza, pues allí estudiaba. Acostumbrábamos a viajar el día antes pues mis padres consideraban que nosotras sus pequeñas no merecíamos madrugar tanto. Esa tarde en medio de risas y de cuentos que las otras personas echaban, el pánico se apoderó... empezó a temblar, eran las 3:45 de la tarde yo solo me pude agarrar de las piernas de mi mamá, ella me abrazaba muy fuerte, tan fuerte que sentí que me destrozaba los huesos, (aún recordamos esa escena y ella solo me da un beso en la mejilla y me dice tenía que protegerte, siempre serás mi pequeña). Yo empecé a llorar, la tierra empezó a caer desde lo alto, rodaban piedras, los árboles se movían de tal manera que nadie sabía dónde resguardarse, a pesar de eso mi mamá me mandó en el bus y sin saber nada de mi padre que estaba en Popayán y de mi hermana que andaba con un grupo de amigos en otra población cercana a Inza, yo sola llegué al lugar donde vivía.

Toda la población de Inza estaba alborotada. Se llegó la noche y sin saber cómo estaba mi familia yo me acomodé con la señora de la casa, en una gruta que estaba al frente de la casa, sacamos colchones y junto a otras familias allí amanecimos. Me desperté con el sonido de los helicópteros, que ya habían empezado el trabajo de sacar a la gente de la zona de Páez.

El colegio se convirtió en albergue temporal de todos los damnificados, por tanto las clases se cancelaron en todas partes. Ya en la mañana llegó mi hermana, estaba embarazada y con los ojos hinchados de llorar, pues le toco caminar durante toda la noche por varias trochas para llegar a Inza. Ella fue la primera de mi familia que vio la magnitud de la tragedia pues en su travesía tuvo que pasar cerca de la rivera del río ya convertido en playa. Con el desespero de ver a nuestra madre nos subimos en una ambulancia que llevaba víveres y medicamentos al centro de salud de nuestro pueblo. Al llegar a casa estaban mis abuelitos con los colchones en el patio y mi mamá sentada a un lado lloraba desesperada y solo decía “su papa no llega y yo no sé nada de los míos” se refería a mi abuelita Rosalía, a mi tío Javier, Rosalba; Diana; Cesar; Cindy, Norida, Berta y Beatriz, todos ellos eran nuestra familia y estaban allá, donde ocurrió la avalancha.

Mi papá llegó a los dos días, pues el transporte por la tragedia se había hecho menos constante... ocho días después fuimos a un cerro donde se podía ver Belalcázar y desde ahí se veía todo el desastre que dejó la avalancha. A ese lugar llegaron unos pilotos de los helicópteros que durante toda esa semana sacaron a la gente de la zona del río Páez, mi mamá ansiosa por leer las listas de los sobrevivientes se lanzó sobre ellos y se las arrebató de las manos, se arrodilló y pidió al cielo poder leer los nombres de nuestros familiares, para alegría nuestra, Diana, sus hermanos y su mamá estaban en lista y albergados en el colegio donde yo estudiaba en Inza. El nombre mi abuelita y de mis otros familiares no estaban, ella le pregunto a uno de ellos “hay sobrevivientes del resguardo de Wila”, él solo la miro y con un tono de voz muy suave, casi silencioso, afirmo: “ese, es el lugar donde los sobrevivientes son muy pocos, algunos murieron al llevárselos la creciente del río y otros fueron tapados por un derrumbe de tierra inmenso”. Allí se terminaron las esperanzas de encontrar a mi abuelita en algún albergue. Sin embargo mi mamá decía que hasta no ver a Rosalba y los hijos no daría por perdida esa batalla... y así fue, esa misma tarde fuimos a Inza, entrando al albergue una señora que era vecina de mi abuelita le dijo.. “Rosita, usted es Rosita cierto, (Rosita es una hermana de mi mamá) mi mamá no contestaba, y ella siguió, su Mamita la finadita Rosalía, la tapo el derrumbe, y a su hermanito Javier también... “Ese instante es difícil de olvidar porque fue ver destrozada a una mujer que no solo es mi madre sino también mi compañera de vida. Al igual que Diana, esa tragedia trajo consigo cambios drásticos en nuestras vidas, no solamente en lo emocional, sino también en lo cultural, las decisiones que mis padres tomaron luego de la tragedia provocaron que mi hermana y yo empezáramos una nueva vida lejos de ellos, pensando siempre en un mejor futuro.

El Cambio

“Después del 6 de junio de 1994, ya nada fue igual, ni la casa, ni las costumbres, ni los juegos, ni la familia, es decir ni la misma vida” afirma Diana, pasaron 15 días albergados en un colegio en Inza, los salones de este se volvieron improvisadas habitaciones las cuales compartían con más de 20 personas que no hacían parte de la familia, ni de los comuneros conocidos. Niños, mujeres, hombres, ancianos y hasta algunos animales se resguardaron en este lugar, allí pasaron noches largas, frías y con incertidumbre de saber que pasaría al día siguiente, lo único cierto era que el papá de Diana y algunos de los familiares estaban muertos y ya nunca más los volverían a ver.

La tía Estela (Mi Madre), les pidió a los señores de la Defensa Civil que le dejara llevarse a sus familiares a su casa, pero estos, dijeron que no, pues si se salían de allí perderían la posibilidad de acceder a un beneficio que daba el gobierno y a la reubicación en otra zona del Cauca, esta fue una orden dada por los altos mandos del departamento ya que necesitaban hacer un censo y saber cuántas personas en total necesitan una nuevo hogar.

Mientras pasaban los días y seguían en este espacio reducido las historias de la gente eran más crudas y tristes, “Una señora ya más de edad que mi mamá, lloraba, se lamentaba y contaba una historia que ahora ya cuando crecí, entiendo que es más triste que la mía, minutos antes del desastre la señora se encontraba en el jardín de su casa, dándole leche a una cachorra que cumplía 1 mes de nacida, la tenía metida en una cuetandera de colores; cuando la tierra empezó a temblar, ella agarro fuerte a la perrita y empezó a correr loma arriba, empezó a gritar a sus vecinos una familia que tenía casa al lado de la de ella, estaba integrada por 5 personas, la mamá, el papá y sus tres hijos, uno de ellos estaba como Cindy mi hermanita, de brazos (es decir muy pequeño de pocos meses).

Todos salieron emprendieron la huida por la loma, ya llegando a la cima donde nos encontrábamos, el señor paro y le dijo a la esposa que se devolvieran por una maleta llena de dinero que tenía en la casa producto de la venta de mancha de amapola, ella no quería pero él, le quito al niño y le pidió a otro familiar que ya estaba en la loma que se lo tuvieran mientras volvían.

El señor tomo de la mano a su esposa y empezaron a descender alcanzaron a llegar a la casa pero el rio que ya venía convertido en una colada espesa se llevó la casa, los dueños y la maleta con plata... y los hijitos se quedaron sin casa, sin plata y sin padres, que mala suerte la de esos muchachos, por la ambición de los padres se quedaron sin nada, a mí por lo menos me quedo “avalancha”, así llamo a la perrita; ella me cuida y yo la cuido... es el relato que hace Diana de la historia de la señora.

Los días se hacían más pesados y complicados, los brotes infecciosos empezaron a aparecer y a enfermar a las personas que estaban en el salón, la comida se escaseaba pues eran más de 500 personas en ese solo albergue, declararon emergencia departamental y nacional por la magnitud de la tragedia. Ellos sin saber se habían convertido en noticia nacional y a pesar de esa popularidad no recibían una respuesta pronta a su pregunta, ¿hasta cuándo estarán allí? Al cabo de un mes empezó el traslado de las personas damnificadas al resguardo de Novirao, en el Municipio de Totoró, allí les hicieron unos cambuches en los que se organizaron por resguardos. En ese momento la mayor parte de los damnificados empezaron una correría por diversos municipios del Cauca y Huila donde hoy en día tienen sus hogares fijos. Para Diana y su familia no fue fácil empezar una nueva vida en otro lugar, porque allá solo vivían de las donaciones que el gobierno daba que con el pasar de los días se hacía menor por la cantidad de personas en necesidad.

Las improvisadas casas estaban construidas con plástico y algunas guaduas que servían de armazón para sostener el plástico, no contaba con la batería sanitaria la cual se debía compartir con el resto de la gente, lo que generaba una molestia en la mayoría de las personas. En esa zona era muy escasa el agua, el terreno era infértil y Cindy la hermana de Diana enfermo gravemente. Le dio una afección a los bronquios por el hacinamiento lo que causó su traslado a urgencias al hospital san José en Popayán. Por su corta edad y la mal nutrición estuvo entubada por más de dos meses, el proceso de recuperación fue muy lento y complicado.

Simultáneo a esto la mamá de Diana también enfermó, debido a que apenas llevaba un mes de haber parido a Cindy y por todas las emociones y acontecimientos traumáticos, su cuerpo reaccionó y le produjo una hemorragia muy fuerte lo que causó que también la internaran en el hospital de urgencia. La mamá en cuidados intermedios y la hermanita en Neonatos.

La Tía Rosa hermana del papá de Diana iba a visitarlas y a llevarles ropa, pañales y a estar pendiente de lo que les faltara, la tía Estela le mandaba dinero a ella para que constantemente les llevara todo lo que necesitaban. Mientras tanto Diana y Cesar quedaron al cuidado de Mama Lola, su nombre es Crucita Liponce, y con el resto de sus familiares en Novirao. “Siempre pienso que la gente dice que no recuerdan los episodios de su infancia, quizás yo los recuerdo porque fueron experiencias traumáticas que marcaron mi infancia, hay episodios que recuerdo perfectamente pero no recuerdo el rostro de algunas personas que también hicieron parte de ellos, eso a veces me turba, pues quisiera tener claro con que otras personas compartí mi infancia en ese momento”. Afirma Diana.

Pasaron 3 meses y Diana seguía esperando a su mamá, ella pensaba que tal vez no las volvería a ver. Pasaron estos meses entre la escases y la incertidumbre de saber que pasaría más adelante, entre tanto el gobierno negociaba fincas en otros Departamentos para asignarles un terreno propio. Al cabo de este tiempo se trasladaron al municipio de Silvia, en un resguardo llamado Ambachico, la población indígena de esa zona es Guambiana. En este lugar estuvieron más de un año en el cual pasaron muchos trabajos pues las comodidades en cuanto a vivienda no dejaban de ser escasas, seguían compartiendo entre muchas personas y otras en cambuches de plástico y malla.

Los Guambianos que aquí habitaban eran de la Alianza Cristiana y muchos de los comuneros que llegaron a habitar en ese terreno se convirtieron a esa religión. Entre ellos la familia materna de Diana. Ese terreno no era adjudicado para ellos definitivamente por tal motivo y al cabo de un tiempo otra vez tuvieron que salir de ese sitio y reubicarse en otro lugar que ya fue definitivo.

A la familia materna de Diana le adjudicaron un terreno en la población de la Capilla en el Municipio de Cajibío, donde siguieron viviendo en cambuches mientras el gobierno les daba material para la construcción de las casas. El agua era y sigue siendo muy escasa por tanto la construcción de las casas se hacía más difícil por el difícil acceso a esta. El plan con el gobierno no era del todo completo, este solo pago los materiales y los comuneros debían poner la mano de obra y lo primero que construyeron fueron aljibes para poder extraer el agua. Ya en el año 1996 Diana y su familia tenía una pequeña casa con lo necesario, cocina, batería sanitaria, y un patio pequeño. Los niños retomaron los estudios.

Rosalba y la familia consiguieron un lote donde empezaron a sembrar café, maíz, naranjos y aguacate con eso empezaron a tener una entrada económica con la que de a poco fueron metiéndole mejora a la casa. Ella también sabía hacer pan y empezó una microempresa en el caserío de la capilla. Luego de 5 años Rosalba se consiguió otro esposo y tuvo dos hijos más, la convivencia con Cesar y Diana que eran los mayores era muy complicada, pues él los sometía a castigos porque ellos no le obedecían. Eso provocó un conflicto entre la tía Estela y la mamá de Diana lo que causó que Diana a sus 12 años se fuera a vivir a San Andrés de Pisimbala a casa de la tía. “En san Andrés ya todo fue mejor, siempre pienso y digo que mi tía Estela es mi otra mamá, ella no solo me dio la oportunidad de tener una vida emocional mejor, sino que también pude terminar mis estudios y me gradué de bachiller, aparte de eso pude vivir en un hogar lleno de amor y de respeto, don Armando (Mi Papá) también fue mi papá durante más de 8 años, Bibiana; Regina y Ana María se convirtieron en mis hermanas con las cuales compartí momentos que me ayudaron a crecer como persona, porque mi tía nunca me trato diferente, siempre fui una hija más” afirma Diana.

Dos años antes de terminar el bachillerato, Cesar el segundo hermano también se fue a vivir a San Andrés, la tía Estela se lo llevo porque no rendía en el estudio en la Capilla y los conflictos con el padrastro eran cada día más frecuentes y con agresiones físicas muy fuertes. Todos los días fueron un aprendizaje constante, entre amigos, profesores y buenas notas Diana termino el bachillerato. El día del grado Diana no quería ir a la ceremonia, pues la mayoría de sus compañeros iban acompañados de sus padres y a pesar de que la tía Estela estaba presente ella quería que por lo menos la mama estuviera, ella por problemas de salud había dicho que no podría ir, pero faltando dos horas para el evento llego, y el ánimo de Diana cambio y junto a su madre camino en el salón de eventos para recibir su grado. Don Armando y la tía Estela le organizaron una reunión con todos sus amigos y profesores para festejar este logro.

Pasaron algunos días y ya Diana con 17 años se fue de San Andrés y volvió a Cajibío, pero la convivencia con el papá de sus hermanos se hizo más insoportable, ella nunca le obedeció y se pasó a vivir con Mama Lola, la relación con la mamá cada día era más compleja hasta que intervino un tío por parte de mama que amenazo a la mama de Diana con acusarla con el cabildo si seguía permitiendo el maltrato para sus sobrinos.

Diana con bastante determinación decidió viajar a Bogotá con una amiga que tenía en el bachillerato, las dos se fueron a probar suerte y a empezar una nueva vida. Se fue sin permiso de su mamá y nadie sabía de su paradero hasta pasados más de 8 meses, durante este tiempo ella había pasado muchos trabajos pues llegó a vivir en un cuarto con tres personas más. Aunque eran de su familia, primos por parte de la mamá, la situación económica era muy difícil, hubo días en los que no comían, o en los que se levantaron muy temprano para caminar y llegar a tiempo a sus trabajos. “Todo en mi vida ha sido una constante lucha, siempre he pensado que la fuerza viene de adentro, o de pronto de ese Nasa que llevo en la sangre” con sonrisas afirma Diana.

Paso por varios trabajos, siempre se destacó por ser muy dedicada y rápida en sus oficios, hasta que llegó a un asilo con unas monjitas de la caridad, para ese momento Diana ya se encontraba estudiando de noche enfermería y empezó a practicar en ese lugar. Los abuelitos la querían mucho y se dejaban atender por ella sin problema, ya empezó a ganar un salario y con eso pudo mandar a su mamá mensualmente una ayuda económica. Un tiempo después ella volvió a desaparecer, nadie de la familia sabía del paradero hasta que al cabo de un año la familia se enteró que tuvo un hijo y no le contó a nadie. Ella estuvo hospitalizada mes y medio por una hemorragia y el pequeño por ser siete meses estuvo en una incubadora, por presentar un problema de neumonía.

Solo la visitaba un joven que gustaba de ella pero ella no le prestaba atención. Él empezó a frecuentarla más, le ayudaba económicamente, a pesar de no tener una relación sentimental. Rosalba, la mamá de Diana, la tía Estela y el resto de familia se enteraron del bebé cuando tenía ya más de 6 meses de nacido. “Nunca dije nada, me escondí entre mis miedos, entre mis angustias, por miedo a que me rechazaran, por eso me escondí y sola sufrí los dolores del parto y los dolores de tener a mi familia lejos, solo Sergio (el joven que la pretendía) me acompañaba, cuando estuve hospitalizada todos los recuerdos de mi infancia volvieron, pues me pasó lo mismo que a mi mamá, la hemorragia, mi hermanita con el problema respiratorio y solas porque nadie las podía acompañar. En esos días solo creía que la vida daba vueltas de manera muy rápida y que yo había llegado al mismo punto donde empezó el cambio desde mi infancia, el desplazamiento, la soledad, las dificultades y sobre todo la zozobra de empezar un día sin saber este que traería” afirma Diana.

Cuando el niño cumplió un año y medio, Diana volvió al Cauca y se quedó viviendo en Cajibío durante unos meses. Allí empezó a liderar un grupo de jóvenes que tenían la expectativa de montar una tienda artesanal, se volvió la líder del grupo y con los conocidos que tenía en Bogotá empezaron a vender jigras, sombreros y algunos chumbes, “Me volví vendedora, artesana y Mamá. Lo último ha sido lo más difícil, ahora entiendo la lucha de mi Madre y más que se quedó viuda con nosotros tan pequeños”, cuenta Diana.

*Somos nuestra memoria, Somos ese quimérico museo
de formas inconstantes, Ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

Recuerdo que a partir del año 1994 ya nada fue como antes, mi mamá lloraba, gritaba, se lamentaba, mis abuelitos paternos pensaban y le decían a mi papá que ella enloquecería del dolor por la pérdida de mi abuelita Rosalía y de todos nuestros familiares.

Todo era un caos mi mamá no toleraba que mi hermana y yo peleáramos o que sonriéramos, pues ella no quería sentir nada diferente al dolor por la pérdida. Mi papá en ese momento se convirtió en nuestro escudo protector o quizás en el guardián de nuestras vidas y de nuestras risas. Fueron días interminables, a pesar de que mi mamá siempre estaba en casa la soledad, el vacío y la ausencia que se sentía en casa por el estado anímico de ella cada día se hacía más fuerte.

Así empezaron a pasar los días y las noticias no eran alentadoras en el siniestro murieron más de 1000 personas y más de 1600 familias en especial indígenas fueron damnificadas y necesitaban ser reubicadas. Entre ellos estaban Diana y su familia, mis abuelitos quisieron que mi mamá pudiese tenerlos en casa pero no fue posible, el censo al que estaban inscritos los dejaría por fuera si se alejaban del albergue. Mi mamá estaba con ellos día de por medio y les llevaba comida, cobijas, ropa, y trataba de ayudar en lo que más pudiera.

Las réplicas del terremoto no cesaban, y cada día al caer la noche, empezaba el desfile con los colchones, cobijas y una maletica con mecató y una linterna. Esa escena siempre nos hacía reír a mi hermana y a mi pues aun sabiendo que nuestra abuelita ya no estaba, el caminar hacia el patio y dormir fuera de la casa era una novedad para nosotras. Aprendimos a dormir con ropa, con gorro, guates y unas cobijas pesadas para que el frío de las noches no hiciera estragos en nuestra salud. La energía eléctrica fallaba constantemente, pero esas noches eran toldadas de estrellas brillantes, con mi hermana empezábamos a contar las estrellas hasta que nos quedábamos dormidas.

Los amigos del pueblo cada noche nos visitaban para enterarse de cómo estaba mi mamá y la familia que había sobrevivido a la avalancha, mientras nosotras tratábamos de dormir, entre los grandes empezaban a contar historia que habían escuchado de gente que sobrevivió al desastre, y la que hizo que mi oído se agudizara fue la que contó un amigo de mi papá, él se llama Alejandro... empezó diciendo, “te acuerdas Armando cuando tomábamos trago en Toez en la cantina de su compadre Reinaldo, se acuerda esa monas tan bonitas que nos atendían, que lastima, la gente dice que ellas intentaron subir a la loma pero que ese río venía como un león devorando todo lo que en el camino se encontraba, allí quedaron ellas y yo me quedé sin poder volver a ver a esas muchachas tan bonitas, pobre Estelita como se sentirá por lo de la mamita, pero bueno ella lo tiene a usted y a las muchachitas”.

Mi hermana también escuchaba la historia y me decía, hasta cuando mi mamá va a estar así, ya no quiero verla llorar y tampoco quiero que nos regañe, solo quiero que los de la defensa civil lleguen con mi abuelita Rosalía, con el tío Javier, así mi mamá no está triste y podemos estar como siempre, además quiero volver a la montaña para poder comer huevos de pato, coger moras y jugar con las tetas de las vacas cada vez que el tío las empieza a ordeñar.

Al cabo de un mes todo empezó a normalizarse, nosotras volvimos al colegio en Inza, mi Mamá ya un poco más tranquila, aunque con el dolor intacto empezó a entender que nosotras no teníamos la culpa de lo sucedido. Empezó tratamiento con un psicólogo el cual nos trató a todos, pues el éxito de sacar a mi mamá de la depresión era con ayuda de nosotros su familia.

Faltando 10 días para cumplirse ya dos meses de la tragedia mis padres, mi tía rosa y mis otras primas que también perdieron a su mamá en la tragedia, emprendieron camino hacia Wila, ese es el nombre del pueblo donde vivía mi abuelita Rosalía. Empezaron su travesía por la rivera del río Páez, se demoraron más de 8 días en volver a casa y durante ese tiempo mi hermana y yo no fuimos a clase, pues nos daba miedo que nos pasara lo mismo que a mis primas y el río creciera y nos dejara sin nuestros padres.

Recuerdo que llorábamos de día, de noche y mis abuelitos nos pusieron de sobrenombre las magdalenas. Cuando regresaron dormimos los cuatro amontonados en un colchón y mis abuelitos al lado pidiendo que nos contaran como habían encontrado todo por allá. Mi papá les contaba a mis abuelos que mis primas y mi mamá se desmayaron varias veces en el trayecto, pues caminar sobre lodo y sobre caminos improvisados no fue fácil, se sentaban a llorar constantemente y entre unas y otras quedaban sin sentido. Él afirmaba que tenía mucho miedo, por lo que le pudiese pasar a mi mamá y a las sobrinas. Tuvieron que pasar por unas tarabitas que eran improvisadas sobre los ríos y durmieron en unas casitas que la avalancha no se llevó. Unos indígenas los acogieron y les brindaron unas esterillas para dormir y de comida solo era pan, macarela y aguapanela.

Cuando llegaron al lugar donde era el pueblo solo encontraron derrumbos, grietas y soledad. Ellas estaban paradas en lo más alto de donde era el pueblo y los gallinazos sobrevolaban esos terrenos. En el lugar donde estaba construida la casa, estos animales no se acercaban, porque había un perrito que ladraba y los espantaba cada vez que trataban de acercarse. Mi papá dijo “era Coqui” el perrito de la abuela Rosalía, no sabían cómo se mantuvo o que comió durante ese tiempo, pero él seguía allí cuidando a la abuela.

De vuelta a casa llevaron el perro con ellos, se volvió nuestra compañía y nuestro fiel amigo. Luego del viaje mi mamá se deprimió más pues al no encontrar los cuerpos de nuestros familiares se sentía devastada, ella tenía la pena de no poder enterrarlos en un lugar adecuado. Hasta el día de hoy en cada entierro ella afirma “afortunados los que pueden dar cristiana sepultura a sus familiares”. Luego de todo eso la familia se unió más, mi mamá se la pasaba muy pendiente de la familia de Diana y así entre unas y otras nos volvimos muy cercanas.

Nosotras nos enterábamos de todo lo que pasaba en torno a Diana y a su familia, y siempre íbamos a visitarlos a los lugares donde ellos estaban, mi mamá les dió el apoyo necesario siempre. Los cambios en la casa se empezaron a ver, en ese resto de año mis padres ya no dejaron que viviéramos en Inza, sino que viajábamos todos los días al colegio. La razón fue emocional, el temor por las réplicas que en el transcurso de los meses se seguían dando no les daba tranquilidad a mis padres y ellos preferían tenernos todas las noches en casa.

A los 6 meses de la tragedia mis padres volvieron a Wila, ya la travesía se hizo más corta porque los indígenas y la gente que quedó en la zona hicieron caminos de herradura y empezaron a andar en caballos. Llevaron una lápida que la pusieron en el cementerio junto a la tumba de mi tío Edgar, el hijo menor de mi abuelita Rosalía, dos años antes de la avalancha fue asesinado, trabajaba con unas personas que nadie conocía y se dedicaban a los negocios ilícitos.

En ese momento él era lo que ahora conocemos como mula del narcotráfico, llevaba mancha de amapola a diferentes lugares; cuando nos visitaba siempre nos llevaba regalos y cuando íbamos de visita donde la abuela él junto a mi mamá nos llevaba a la montaña en una yegua blanca. Detrás de la casita de la montaña había un sembrado de amapola, recuerdo que todas las flores eran rojas y me gustaban mucho. Sin saber para que servían las cortaba y me las enredaba en el cabello, él me veía y enfurecido venía a tratar de quitármelas pero yo que aunque ya no era tan pequeña mi abuelita siempre me defendía y nunca podía regañarme.

En el momento en que ponían la lápida, mi tía Rosa recordaba que el dolor por la pérdida del tío Edgar para mi abuelita había sido insuperable, a ella le ayudaba una indígena en los oficios de la casa y la acompañaba todos los días al cementerio 5 de la tarde en punto y llorando le pedía a él que se la llevara, ella no sabía vivir sin él. Al cabo de dos años mi tía y mi mamá estaban poniendo una lápida con el nombre de la abuela al lado de su hijo más querido.

Por otro lado Diana y su familia ya se había cambiado a Silvia, allá pasaron la navidad, año nuevo y nosotros en esos días los visitamos mi mamá les llevo muchos regalos, dulces y mercado para la familia.

Empezamos un nuevo año y otra vez al colegio en ese año mí hermana término el bachillerato y yo apenas terminaba séptimo. En 1996 mis padres decidieron que mi hermana se fuera a vivir a Popayán, pues ya empezaba la universidad y a mí también me mandaron para allá, aunque yo no quería alejarme de casa, ellos decidieron que era lo mejor para mí.

Estuve 6 meses sin estudiar, lloraba mucho pues no estaba acostumbrada a estar sin mis papás, mi hermana consiguió amigos y me dejaba sola en la casa. Llegamos a vivir donde mi tía Rosa, ella tenía dos hijos muy pequeños y se había separado del esposo y ya vivía con otro señor que no era para nada agradable. Regañaba y hacía que mi tía les pegara a mis primos en ocasiones sin razón alguna. La convivencia era muy pesada al cabo de 6 meses yo me fui a vivir con otra tía por parte de mi padre y mi hermana se pasó a vivir con unos amigos.

Se pasó el tiempo empecé el colegio en otro municipio, conviví con mi tía, el esposo y mis primas Cata y Pao, que con el tiempo y hasta ahora siempre nos llamamos hermanas. Allá viví varios años y cuando empecé decimo estaba embarazada. Mis padres se dieron cuenta de esto ya cuando tenía 6 meses.

Ese fue otro momento complejo en la vida de mi madre pues ella siempre soñaba con verme profesional, bien casada, y con un hogar ejemplar. Mi vida sentimental no fue la mejor y luego de tener la niña me devolví a mi casa en san Andrés, para ese entonces Diana ya vivía con mis papás y ella siempre me ayudaba con Ana María, ella sabía cocinar, hacer oficio, lavaba ,planchaba y no era porque mi mamá la pusiera a hacer ese tipo de oficios, sino porque luego de que ya tuvieron la casa en Cajibío ella por ser la mayor se quedaba de responsable de sus hermanos mientras Rosalba salía a jornalear para llevar comida a la casa. Mis papás a pesar del sentimiento no tan agradable por mi embarazo, nunca me quitaron el apoyo, me siguieron tratando con el mismo amor y hoy en día Ana María, su nieta es su gran amor.

Siempre que Diana salía de clase me enseñaba a pelar papas, a cocinar arroz, a hacer colada y yo me sentía inútil pues ni tan siquiera yo era capaz de prender un fósforo. El acercamiento entre las dos fue tan grande que Ana María le empezó a decir tía, y mis papas la trataban como una hija más.

Yo terminé mi bachillerato ya en el año 2000 y estuve en casa más de 5 años en los que me dediqué a ayudar a los niños de preescolar. Mis padres luego de terminar el bachillerato me dijeron que me estableciera en Popayán para empezar la universidad, pero yo desistí de la idea porque quería estar presente en la vida de mi hija por lo menos los primeros años, ya había visto otros casos en los que los hijos al ser dejados por sus padres tan pequeños, piensan que son los abuelos los padres y yo no quería que mi mamá me reemplazara en ese aspecto. Al cabo de ese tiempo me establecí en Popayán deje a mi hija y empecé la universidad, todo fue un proceso, empezar nuevamente en otro lugar, lejos ya de casa, de la niña y viviendo con personas ajenas a mí, fue un caos total.

Empezar a acostumbrarme a nuevas cosas, gente nueva, una vida un poco más agitada y con una carga de responsabilidad, no solo por mi comportamiento ya como mamá, sino también porque mis padres me ofrecieron la posibilidad y el apoyo para hacer una carrera profesional la cual no podía dejar a medias y más aun pensando en que sería en beneficio de un futuro mejor para mi hija. Viajaba cada 15 días a ver a la niña y gracias al apoyo constante de mi familia, mi hija nunca me dejó de decir mamá, Diana fue un apoyo constante en ese proceso pues ella se volvió la compañía de mi hija en ese proceso de separación, junto a la nana (niñera) le enseñaron a la nana a escribir, a dibujar, y me mandaba cartas y dibujos que aún conservo.

Cuando Diana terminó el bachillerato y ya se devolvió para su casa en Cajibío mi familia se quedó muy triste en especial mi mamá y Ana María, pero ya luego todos entendimos que ya el tiempo en casa se había terminado, ella debía abrirse a nuevos horizontes donde pudiese cumplir sus metas y todos sus propósitos.

Con el paso de los años se volvió un ritual en la familia viajar al municipio de Belalcázar cada 6 de Junio para un nuevo cabo de año de la avalancha. Mi familia jamás volvió Wila, pues con el pasar del tiempo y ya con nuevas carreteras, nuevas viviendas la delincuencia se incrementó en esta zona y el cultivo de coca, amapola y marihuana se incrementaron, lo que trajo muchos conflictos entre los mismos comuneros de la región y los grupos al margen de la ley. Hoy en día es difícil acceder a estos territorios pues a pesar de que mi familia tiene sus orígenes allá, no es posible entrar tranquilamente pues se corre el riesgo de perder la vida si no se pide una autorización para llegar al territorio.

El final

Diana tuvo que dejar a su pequeño en Cajibío al cuidado de su madre, pues en Bogotá no podía tenerlo con ella. Ella siempre afirmó que sería temporal porque al igual que su prima Bibiana quería poder estar con su pequeño y verlo crecer. Empezó a estudiar enfermería en el Sena y volvió a trabajar con los abuelitos, allí las monjitas le siguieron ayudando y constantemente mandaba remesas y dinero a su madre para la manutención de Juan Esteban (el hijo de Diana).

Sergio el muchacho que la ayudó mientras estaba en el hospital siguió frecuentándola hasta que formalizaron una relación, duraron tres años de novios, el Rolo de aquellos que tratan a las personas de sumerje y con una crianza diferente a Diana, empezó a involucrarse más en la familia de Diana, les ayudaba económicamente, venían en tiempo de vacaciones y trabajaban en Cajibío sembrando maíz, aguacate, cargando bultos, montando en chivas, cargando agua, en fin todas las labores del campo las aprendió al lado de Diana.

El al igual que ella proviene de una familia humilde pero la infancia y la juventud fueron vividas en situaciones muy diferentes a las de Diana, nunca tuvo carencias de ningún tipo, más bien siempre le sobró. Pero el amor hizo que apoyara a Diana desde que la conoció. Diana le enseñó a hablar la lengua Páez y aunque no habla con fluidez si entiende casi todo lo que ella habla con la mamá por teléfono. Ya viviendo juntos y con un hogar establecido, ella se devolvió por su pequeño, y empezaron una vida los tres.

Diana culminó sus estudios y hoy en día es enfermera profesional, trabaja como todos para ayudar en el hogar y viene constantemente a ver a su mamá. Cuando llega acá, se transforma y se convierte en la indígena luchadora y trabajadora que nunca ha dejado de ser, simplemente que en sus diferentes entornos asume una posición de acuerdo a sus necesidades.

En Cajibío es admirada por los jóvenes pues ella es un ejemplo de lucha constante, de perseverancia y sobre todo de humildad, aunque ahora ya tenga las cejas tatuadas, el cabello alisado, una cintura de avispa como ella afirma dada por tratamientos estéticos de la moda actual, siempre tiene un carácter firme y es el apoyo fundamental para sus hermanos menores y su madre.

El padre de los últimos dos hermanos también fue asesinado, pues trabajaba con organizaciones al margen de la ley y tenía algunas siembras de coca y amapola que fueron destruidos por el ejército y la policía. “Cuando me enteré de la muerte de ese señor, pensé: todo en mi familia ha sido un círculo de situaciones similares, nosotros muy pequeños nos quedamos sin papá y ahora les tocó a mis otros hermanos” cuenta Diana.

“Yo nunca me olvidare del día en que Sergio me propuso matrimonio, yo siempre pensé que él no se casaría con una mujer como yo, así, con raíces indígenas tan marcadas, con chontaladas (palabras mal dichas), con un hijo y con una historia de vida que marcó no solo la mía, sino la de todos los que me rodean, porque a pesar de los años que han pasado yo recuerdo a mi padre y me gustaría que estuviera conmigo, quizás nada de lo que he vivido me habría tocado vivir si él estuviera vivo, quizás la muerte de él fue el comienzo de la vida para mí, porque con tanta tragedia encima forme mi carácter y nunca me di por vencida ante las dificultades que se me presentaban, quizás con la muerte de él, empecé yo mi carrera por no dejarme morir a pesar de no tenerlo y de extrañarlo, siento que él este donde este allá como dicen los Thë Wala cerca del sol, él se debe sentir orgulloso de mí, porque aunque él no estuvo cerca de mí físicamente lo remplazó mi tía Estela, que fue quien forjo en mí la importancia de la familia y del amor por los ayudar a los demás desinteresadamente, eso lo practico en mi profesión y en la cotidianidad de mi vida.

Estoy segura que aunque mis amigos nasas no comparten algunos de mis pensamientos y de mis actuares, también sienten que soy un ejemplo de identidad cultural, porque a pesar de estar en un entorno donde mis tradiciones culturales no son de la cotidianidad del medio, nunca me he avergonzado de dónde vengo, de lo que me ha tocado vivir y mucho menos de sentir que cada día vale la pena vivirlo mucha con fuerza.

Sergio es ahora mi compañero de camino, es el papi de Juan Esteban y el amor que mi padre hubiese querido para mí, hoy por hoy vale la pena haber estado en la finca de mi abuelita Rosalía, vale la pena haber llorado por miedo a montar en helicóptero a la hora de evacuarnos de la meseta donde llegamos, vale la pena haber estado en hacinamiento tantos días que se convirtieron en años porque todo vale la pena solo por el hecho de que estoy viva y puedo darle amor a un pequeño que nació de mi con amor a pesar de toda la tristeza que siempre llevé por dentro” afirma Diana.

Diana actualmente está establecida en Bogotá, se casó el 17 de Enero de este año y Juan Esteban quien legalmente es hijo de Sergio pues él le dio el apellido, vive con ellos y tienen un hogar muy bonito en este siempre se ve la alegría, el respeto y sobre todo el amor constante.

“El día de mi matrimonio fue el final de toda una vida de tristeza, en ese momento toda mi vida pasó en cinco minutos y decidí que de ese momento en adelante solo abra cabida para el amor, para seguir luchando y sobre todo para vivir. Ese día solté todo el peso que cargue durante más de 20 años sobre mis hombros y empecé a caminar muy liviana.”

Lo que ocurre en el pasado vuelve a ser vivido en la memoria
John Dewey

“Luego de un tiempo el dolor por la pérdida de los seres queridos se transforma en alegría de los seres que llegan, todos los cambios por duros que sean nos hacen más fuertes y nos dejan ver todas las posibilidades, está en nosotros escoger y asumir las mejores” esas son palabras de mi madre cada vez que abraza a sus nietas y a sus sobrinos más pequeños.

Todo el proceso vivido durante estos últimos 21 años luego de la avalancha, luego de la pérdida de nuestros seres queridos ha sido y será siempre un constante aprendizaje, ser capaces de entender porque todos asumimos de diferentes formas las situaciones que se viven cotidianamente en nuestra sociedad.

Pretender estar o pertenecer a una cultura y pensar que es imposible vulnerar las tradiciones culturales de estas, es un pensamiento erróneo, pues los constantes cambios hacen que los seres humanos pongan como principal objetivo vivir de acuerdo a sus propósitos y necesidades.

En este proyecto aprendí que aquel proceso que siempre lo puse ajeno a mi vida, siempre fue una constante. Toda mi familia siempre cargara con el dolor de la pérdida de nuestros familiares, pero también con las 1.195 personas que desaparecieron en el siniestro, desde ese entonces mi familia por parte de mama empezó a vivir un proceso de aculturación que se volvió involuntario pero necesario para poder sobrevivir.

Descripción de la Obra

Durante toda mi carrera trabajé con elementos tradicionales de la cultura Páez, como chumbes, tejidos, personajes, logrando con ellos mostrar este proceso y ver como las tradiciones culturales se hacían menos frecuentes en este tiempo. Las obras creadas a partir de una narrativa en la que el proceso de aculturación se vuelve una constante a nivel familiar y propio hacen que estas sean de carácter más personal, más sentida, más poético, más propio y con más sensibilidad para interactuar en diferentes entornos. De acuerdo a la investigación realizada cada una de las obras está creada a partir de

Título: Reliquias de familia
Medidas variables
Instalación
Material:
objetos personales, fotos
Año 2015



Esta obra consta de objetos, fotografías, ropa, de los familiares que perecieron en el siniestro de 1994. Estos han sido guardados a través del tiempo por algunos miembros de mi familia como recuerdos tangibles de los que ya no están entre nosotros. Serán expuestos en vitrinas de vidrio elaboradas de acuerdo al tamaño del objeto y exhibidas bajo luces que enfocarán directamente el objeto.





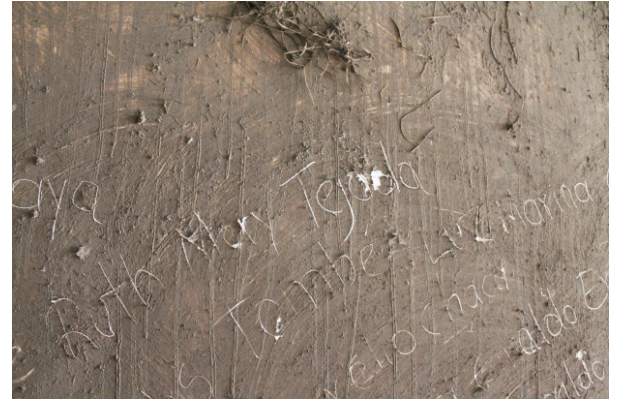
“Lo que ocurre en el pasado, vuelve a ser vivido en la Memoria.”
- John Dewey

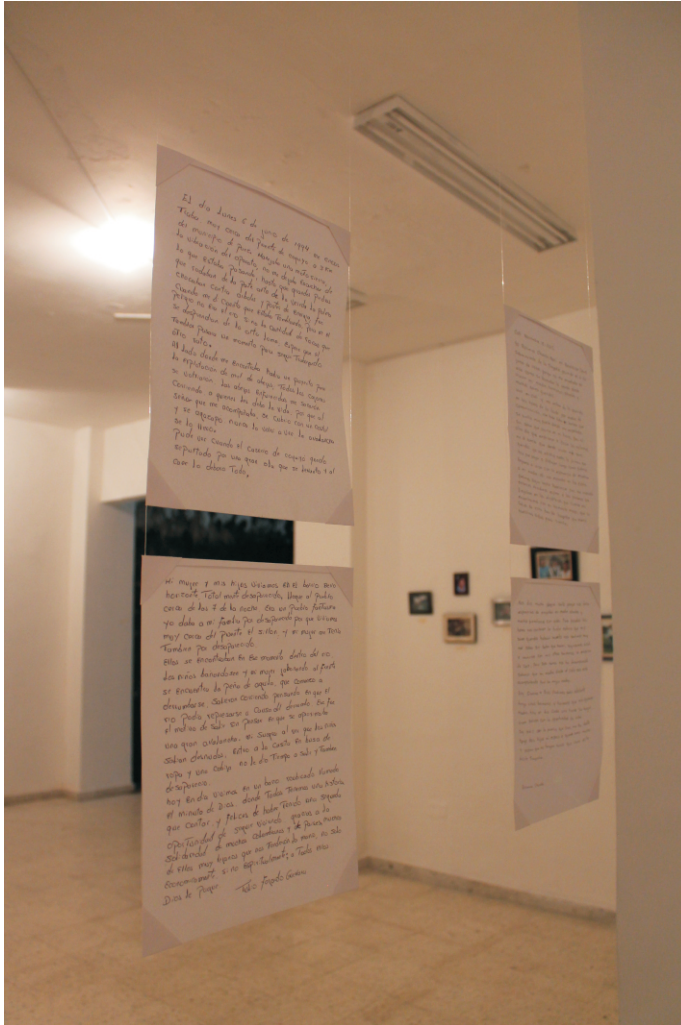




Título: Desaparecidos
Medidas variables
Instalación
Material: texto escrito
sobre la pared con tierra.
Año 2015

En esta obra hago una recopilación de gran parte de los nombres de las personas que desaparecieron en la avalancha de 1994, pues se me hace importante mantener una memoria histórica de aquellas personas que junto a mis familiares también desaparecieron. Los nombres estarán escritos con tierra traída de la zona de Tierradentro, específicamente de la población de WilayTòez.





Título: Memorias
Medidas Variables instalación
Material: Hojas de papel
Año 2015

Esta obra será la recopilación de historias a partir de lo vivido por diversas personas en el suceso de 1994, personas que vivieron en carne propia esta experiencia y que perdieron a sus familiares. Estas son escritas por ellos mismos quienes quisieron compartir conmigo su sentir. Estarán expuestos sobre una pared en la cual el espectador tendrá la posibilidad de leer.



Título: fragmentos
Medidas: 100 x 70 cm
Material: Fotografías
Año 2016

E



Conclusiones

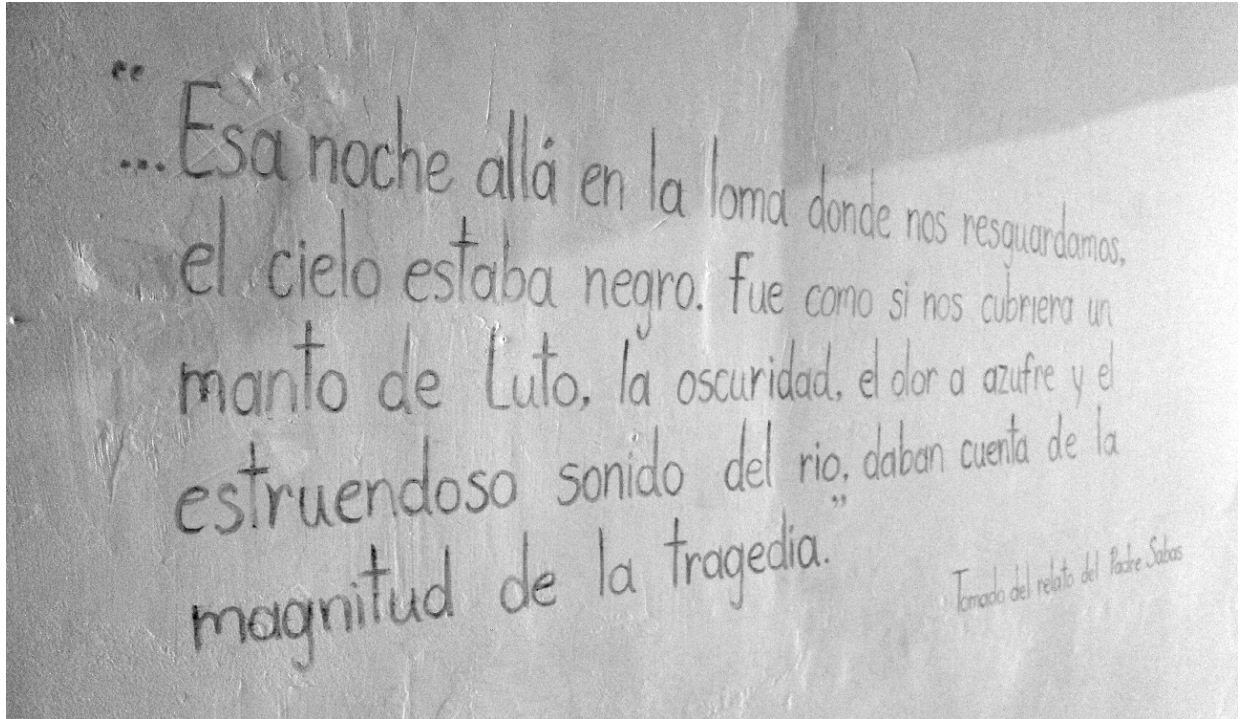
Esta investigación dio como resultado la creación de unas obras objetuales que fueron formalizadas a partir de una información encontrada a lo largo del proceso. Estar involucrada en ella directamente me permitió abrir mis sentidos y escudriñar en diferentes campos investigativos con los cuales pude dar fin a este proyecto.

Bibliografia

E

Agradecimientos

E



“... Esa noche allá en la loma donde nos resguardamos, el cielo estaba negro. Fue como si nos cubriera un manto de luto, la oscuridad, el olor a azufre y el estruendoso sonido del río, daban cuenta de la magnitud de la tragedia.”

Tomado del relato del Padre Sabas



**Universidad
del Cauca**

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE ARTES
DEPARTAMENTO DE ARTES PLÁSTICAS
POPAYAN
2015